

SANANDO LA ENVIDIA

Amoris Laetitia. Cap. IV (95-96)

Pedro Manuel López Romero

Continuando con el comentario de la Exhortación Pastoral *Amoris Laetitia*, hoy pasamos a ocuparnos de los dos puntos siguientes, 95 y 96. Todo este capítulo IV está dividido en subcapítulos, habitualmente cada dos números, aunque en algún caso son tres y hasta cinco en una ocasión. Cada uno de estos subcapítulos tiene su título y en este caso el título es: “*Sanando la envidia*”. Podemos preguntarnos, pero ¿no es un capítulo dedicado al amor? ¿Cómo hablar de envidia?

Esta puede ser la primera impresión pero, si nos detenemos un poco, recordamos que el amor es paciente, es servicial... - temas ya comentados - y el siguiente se corresponde con: “no es envidioso”. Por tanto, para que haya amor, no puede haber envidia –son incompatibles-. Si la hay habrá que curarla y es posible que hasta extirparla. Ya veremos lo que nos sugiere el Papa en la Exhortación.

No es para asustarse, pero sí para ser prudentes; porque el amor se ve sometido a enfermedades, claro que sí; y ello sucede siempre que nosotros nos cerramos a la Gracia y nos miramos a nosotros mismos. Hay muchos medios para que esta realidad se produzca, pero uno que he descubierto como importante es vivir la conversión o la fe como algo alcanzado, algo de mi posesión, alejado del concepto de precariedad. Según el Diccionario, precariedad es cualidad de precario y precario, a su vez, es algo de poca estabilidad.

¿Cuándo es mayor la precariedad, sobre todo la precariedad espiritual? Pues cuando consideramos que la conversión, la fe, en definitiva, la salvación, depende de nosotros y éste es el constante combate a que nos somete el tentador, al que está sometida esta sociedad, tú y yo: a considerar que tengo derecho a todo, también a la fe, a la salvación, al perdón de los pecados, a que me amen, a que hagan todos mi voluntad, a que no me molesten. Ello nos lleva a mirar a los demás como nuestros enemigos, los que ponen en peligro “nuestros derechos, proyectos, futuro, deseos, etc.”.

De la perversidad de la envidia está plagada la Escritura, ya desde el capítulo 4 del Génesis donde vemos que Caín mató a su hermano Abel por envidia. Y, acerca del Rey David, del que dice la escritura “Yahveh se ha buscado un hombre según su corazón” (1ª Sm 13,14), podemos escuchar el siguiente relato: (2 Sm, 12,1-4): “Envió Yahveh a Natán donde David, y llegando a él le dijo: «Había dos hombres en una ciudad, el uno era rico y el otro era pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en gran abundancia; el pobre no tenía más que una corderilla, sólo una, pequeña, que había comprado. Él la alimentaba y ella iba creciendo con él y sus hijos, comiendo su pan, bebiendo en su copa, durmiendo en su seno igual que una hija. Vino un visitante donde el hombre rico, y dándole pena tomar su ganado lanar y vacuno para dar de comer a aquel hombre llegado a su casa, tomó la ovejita del pobre, y dio de comer al viajero llegado a su casa.»”.

La envidia nos acecha en todo momento, el demonio está siempre detrás y aún un hombre que tiene un corazón según Dios, como era David, puede ser víctima de ella, cuando más si estamos habituados y rodeados de una sociedad donde el demonio actúa a discreción.

La misma escritura también nos dice: “La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo”, (Sb, 2,24) y no podemos tampoco olvidar la mención de San Juan Crisóstomo que escribió: “Luchamos entre nosotros, y es la envidia la que nos arma unos contra otros... Si todos se afanan así por perturbar el Cuerpo de Cristo, ¿a dónde llegaremos? Estamos debilitando el Cuerpo de Cristo... Nos declaramos miembros de un mismo organismo y nos devoramos como lo harían las fieras”.

Pero la envidia es solo un pecado y los pecados están para no cometerlos; y cuando se comenten, para convertirnos y acogernos a la misericordia de Dios. Por eso San Agustín escribía: “¿Querriais ver a Dios glorificado por vosotros? Pues bien, alegraos del progreso de vuestro hermano y con ello Dios será glorificado por vosotros. Dios será alabado -se dirá - porque su siervo ha sabido vencer la envidia poniendo su alegría en los méritos de otros”.

Recapitulando lo dicho, podemos afirmar: la envidia enferma al amor, pero es posible sanarlo y vivir el amor limpio de enfermedad, deseo que lo es también del Papa y por ello inicia el primer número afirmando: *“Luego se rechaza como contraria al amor una actitud expresada como zeloi (celos, envidia). Significa que en el amor no hay lugar para sentir malestar por el bien del otro”*.

Se utiliza en la exhortación la palabra griega *zeloi*, que el Papa acertadamente nos traduce como celos, similar a envidia. Pero no hemos de confundir estos celos, que son contrarios al amor con el celo del que nos habla la Escritura y que el Diccionario de la Lengua española define como “Cuidado, diligencia, esmero que alguien pone al hacer algo”, ello lo es en el sentido que se contiene en el siguiente pasaje del Evangelio: “Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: «Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado.» Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: El celo por tu Casa me devorará” (Jn. 2,14-17).

Esta expresión, celo, choca con la que se utiliza en algunos matrimonios afirmando que “tengo celos de ti y por ello te tengo que controlar, saber dónde estás, con quien hablas, he de conocer todos tus pasos, porque todo es consecuencia del amor que te tengo. Como te quiero tanto solo has de ser para mí, etc., etc.”.

Quien así habla es un pobre ser, inseguro, cuando menos, con tal egoísmo en su cuerpo que lo más probable es que no sepa lo que es el amor, porque es muy posible que nadie le haya amado nunca en libertad y gratuitamente. Solo conoce el amor condicionado, por eso confunde el amor con los celos, confunde la libertad con el control, mezcla el amor con el egoísmo, cosa que no hace el Papa, porque nos sigue diciendo:

“La envidia es una tristeza por el bien ajeno, que muestra que no nos interesa la felicidad de los demás, ya que estamos exclusivamente concentrados en el propio bienestar. Mientras el amor nos hace salir de nosotros mismos, la envidia nos lleva a centrarnos en el propio yo”.

Consecuente con ello y, para sentar las bases de lo que es el amor sanado de la envidia, el Papa continúa diciendo en este punto 95; *“El verdadero amor valora los logros ajenos, no los siente como una amenaza, y se libera del sabor amargo de la envidia. Acepta que cada uno tiene dones diferentes y distintos caminos en la vida. Entonces, procura descubrir su propio camino para ser feliz, dejando que los demás encuentren el suyo”.*

De estas palabras del Papa llegamos a la conclusión de que el celoso, que es un envidioso es, cuando menos, inseguro. En muchos casos un enfermo que no puede controlar su mente nada más que para actuar en una dirección, la contraria a la que dice el Papa. Como no está de acuerdo consigo mismo, como no sabe lo que es el amor, tampoco se sabe querer y respetar en su dignidad de persona y trata de conseguirlo a costa de fiscalizar y subyugar la dignidad de quien le rodea.

Es imposible que lleve a efecto las palabras de Jesús: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 12,31). La imposibilidad de amarse a si mismo, le veda el amor a los demás.

Quien tiene un comportamiento de celos, en definitiva, de envidia, no puede valorar los logros ajenos, son para él una amenaza; solo vive el sabor amargo de la envidia, deseando cualquier cosa que sea del otro, con lo cual pierde sus verdaderos valores y las oportunidades que le da la vida. Por ello es conveniente tener algunas premisas seguras para ir sanando la envidia de quien nos rodea:

- 1.- El envidioso es una persona que hace sufrir porque siempre persigue lo que no le corresponde y con lo que le corresponde se siente mal, insatisfecho cuando menos.
- 2.- Quien sufre por envidia no puede hacer otra cosa que sufrir él y hacer sufrir a los que tiene a su alrededor, a sus próximos, a los que muestra su desagrado. Si lo escribe y lo deja en la hoja nadie se entera de lo que él está sufriendo, porque, en suma, lo que el envidioso está diciendo cuando sufre es: “no te importa lo que sufro”.

Esta situación que es real en muchos casos solo tiene un remedio: la curación. Y para ello solo se me ocurre que el mal no venza, al contrario, sigamos lo que dice San Pablo a los Romanos (Rm 12,19-21): “Antes al contrario: si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien”.

El celoso, el que te hace sufrir por sus celos, te aseguro que no ha conocido lo que es el amor, porque no ha sido amado y necesita ser amado como es. Necesitamos

tener presente siempre lo siguiente: El bien siempre es bien, el amor es el bien y el bien jamás puede ser vencido y la envidia, como mal que es, es un pecado capital porque es cabeza de otros muchos pecados, no puede perdurar siempre. Todos los que están bajo ella están descontentos, deseosos de salir.

Todos los envidiosos están ansiando conocer lo que es el amor y no de boquilla, sino porque haya alguien que los ame y creemos que esto es lo que quiere el Papa con la Exhortación; porque en el siguiente punto 96 nos va a recordar el manual de uso. Esto es, el manual que Dios nos ha dado, similar al manual entregado con los electrodomésticos al adquirirlos para hacer correcto uso de ellos.

A todos nosotros, para que no estropeemos nuestra vida, se nos ha entregado un manual de uso: los Diez Mandamientos. Este manual es para la práctica común, de los envidiosos y de los que no lo son, es la fuente de sabiduría de toda persona, lo que el Papa expresa así en la exhortación: *“En definitiva, se trata de cumplir aquello que pedían los dos últimos mandamientos de la Ley de Dios: «No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él» (Ex 20,17)”*.

El pecado, la envidia en este comentario, es algo malo, insano, que no quieres tener, aunque tengas, que se trata de ocultar, que permanece aislado; por el contrario la actuación en el amor, la actuación dentro del manual de uso de los Diez Mandamientos, es expansiva, no mira a uno mismo, no mira al egoísmo, a lo que no tengo y envidia, sino expande el bien, por eso decíamos, el bien, el amor, siempre vencerá.

Es posible que tengas un matrimonio difícil, no te lo discuto; un cónyuge celoso es una cruz, pero no desesperes, mira a Cristo en la Cruz: no se bajó, se dejó hacer maldades, pero murió amando, perdonando y por Él hoy tú puedes decir que eres hijo de Dios y que tu hermano mayor está a la derecha de Dios en el Cielo. Porque el final del amor es solo uno, el que nos recoge el Papa en *Amoris Laetitia*: *“El amor nos lleva a una sentida valoración de cada ser humano, re-conociendo su derecho a la felicidad. Amo a esa persona, la miro con la mirada de Dios Padre, que nos regala todo «para que lo disfrutemos» (1 Tm 6,17), y entonces acepto en mi interior que pueda disfrutar de un buen momento”*.

Pues hagamos eso mismo. Dispongámonos a disfrutar viendo a Jesucristo a la derecha del Padre, veamos al otro con la mirada de Dios Padre y ¿qué mirada tiene Dios? Pues la única que cabe en Él, “la de amor a sus hijos”. Entonces, ¿qué nos está diciendo la Exhortación? Que cuando mires al otro, no veas al celoso, al violento, al iracundo, al envidioso, al desesperado, al inseguro, al enfermo, porque Dios lo mira y ve a su hijo clavado en la Cruz, ve las llagas de Cristo que está diciéndole al Padre: por éste, que no tenía ningún mérito aparente, también fui crucificado, busca su nombre, que en algún latigazo o en algún clavo o en alguna espina está.

En efecto, este es el amor sanador de la envidia, el que ama al prójimo, al cercano; y nadie está más cerca que la propia familia. Pero este amor en que se ha eliminado la envidia, también está para darse en los otros, en la sociedad, porque si

la envidia es el deseo de lo ajeno, cuando se sana el amor, también se ama a los ajenos viendo en todos ellos a los hijos de Dios, con la misma mirada de Dios Padre.

Así concluye el Papa: *“Esta misma raíz del amor, en todo caso, es lo que me lleva a rechazar la injusticia de que algunos tengan demasiado y otros no tengan nada, o lo que me mueve a buscar que también los descartables de la sociedad puedan vivir un poco de alegría. Pero eso no es envidia, sino deseos de equidad”*.

Dice el Papa que la raíz del amor sano es la misma en el amor matrimonial, que en el amor a la humanidad y ello nos lleva a rechazar que nadie sea dañado y cuando hay quien acumula, quien acopia, hace que, en otro lugar, a otra persona, le falte; y se produce la injusticia, contraria al amor, ante lo cual no podemos tener los ojos cerrados; porque también estaríamos ante un modo de enfermar el amor, faltando a la equidad, que es la justicia atemperada por la misericordia.